FEDERICO DE PALOMERA

HERMANOS GEMELOS

JUGUETE COMICO

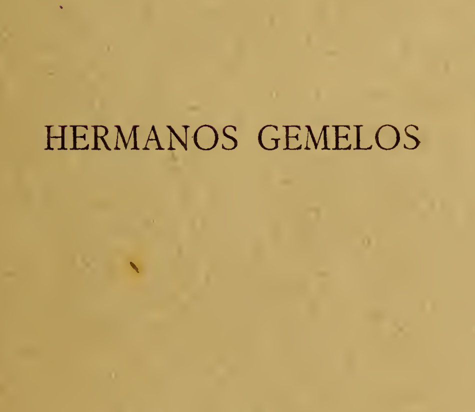
escrito en dos actos y en prosa



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

HERMANOS GEMELOS



HERMANOS GEMELOS

JUGUETE CÓMICO

escrito en dos actos y en prosa

POR

FEDERICO DE PALOMERA

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 15 de Enero de 1906



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1906

Obras del mismo autor

Delirio.—Monólogo en verso.

Tempestad y calma.—Juguete cómico en un acto y en prosa.

Los primos.—Comedia en un acto y en prosa (1).

¡Siempre el dinero!...—Juguete cómico en un acto y en prosa (2).

La niña del organillo, melodrama en cuatro actos.

(1) En colaboración con D. Tomás Camacho.
(2) Idem con D. Juan Salas Pont.

ROMPIENDO MARCHA

Va la expresión más cariñosa de mi agradecimiento á todos los intérpretes de esta obrita. Otros autores hiciéronlo consignar en la última página de sus comedias. Yo lo hago al principio, quizá buscando *algo nuevo* para este juguete.

Así, pues, á CONCHITA ORIA que, siempre admirable, supo además con su talento, arrancar todas las noches un aplauso, en *su* escena del segundo acto; á LÓPEZ-ALONSO y LEYVA, que hicieron primores de ejecución, sobre todo en el final del acto primero. A la SRA. BAGÁ, verdadera *doña Matilde;* á la SRTA. LEYVA y á los SRES. ALTARRIBA, CASTRO, REDONDO y NÚÑEZ, reitéroles aquí mi profundo reconocimiento. ¿Y cómo no?... ¡si fueron mi salvación!

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EMILIA............................	Srta. Oria.
DOÑA MATILDE................	Sra. Bagá.
JUANA............................	Srta. Leyva.
LUIS..................................	Sr. López-Alonso.
DON EVARISTO..................	Leyva.
RAFAEL, hermano de Luis........	Redondo.
DON LINO......................	Altarriba.
DON HELIODORO, doctor	Castro.
JUAN, jardinero................	Núñez.

Acción en nuestros días

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Decoración de gabinete elegantemente amueblado. Puertas al foro y laterales

ESCENA PRIMERA

Entra por el foro DON EVARISTO, y con aire de mal humor arroja el sombrero sobre una silla

¡Nada!... ¡Tampoco vino en el tren de hoy!... A ese muchacho ha debido de ocurrirle algo... ¡Pues esto sólo nos faltaba!... Porque es el caso, que después de veinticinco años, le he tomado cariño, y... ¡Por vida del niñito!...

ESCENA II

DICHO y DOÑA MATILDE por la primera derecha

MAT. (Con ansiedad.) ¿Tampoco ha venido?
EVAR. Ya lo ves.
MAT. (Angustiada.) ¡Ay, esposo mío! Mi corazón de madre, presagia una desdicha.
EVAR. ¡Bah! No le hagas caso al corazón.
MAT. ¿Que no le haga caso?
EVAR. Quiero decir, que no te aflijas...
MAT. ¡Calla, calla!... ¿Es posible que seas tú quién

así piense y aconseje tratándose de nuestro hijo; de un pedazo del alma; de nuestro orgullo, del que lleva tu apellido?...

EVAR. (Transición.) ¡Ah, esposa querida!... Tienes razón. Esto es doloroso... ¡Dolorosísimo!

MAT. ¡Hombre! No me aflijas tú ahora más.

EVAR. (Aparte.) Me excedí. (A Matilde.) Es cierto. Yo sabré dominar mi pena.

MAT. Y yo opino que estamos obrando muy torpemente. Diez días hace que esperamos el regreso de Rafael, ¿no es así?

EVAR. Eso es.

MAT. ¿Qué hemos hecho en esos diez días?

EVAR. Pues... lamentarnos.

MAT. ¿Y te parece bastante?

EVAR. Hija, como no quieras que nos tiremos por un balcón...

MAT. ¡Ay, Evaristo! Eres un mal padre.

EVAR. Mujer, no digas eso.

MAT. Pues sí que lo digo... No quieres á tu hijo... No, no me afirmes que le amas como yo.

EVAR. Comprende, Matilde, que los hombres no somos tan vehementes... Pero yo te aseguro que aquí en el fondo, siento un *volcán de amor.*

MAT. Pues si así es, ¿por qué no se te ocurre algo que pueda aliviarnos de esta zozobra.

EVAR. ¿Y qué quieres que se me ocurra?

MAT. Muy sencillo. ¿No eres amigo íntimo del gobernador? Ir entonces á contarle el caso y que ese señor ponga en movimiento á toda la policía. ¡Quién sabe si nuestro pobre hijo habrá muerto!

EVAR. Mujer, no seas tan pesimista. Tú verás, como todo lo que pasa es una calaveradita del niño..

MAT. Con tal de que no le perjudique...

EVAR. ¡Claro, muy bien! ¡Vaya una educación! Así el mocoso se me revela y se atreve á ponerme cartas como la última.

MAT. Vamos, sé justo y comprende que en eso tiene razón.

EVAR. ¿Sí, eh?

MAT. Y si no contéstame. ¿Qué hubieras tú hecho

si estando en relaciones conmigo te hubiese tu padre escrito imponiéndote otro matrimonio?

EVAR. No es lo mismo. Yo no era libre. Rafael sí lo es.

MAT. ¿Y si no lo fuese?

EVAR. Se dice. Pero no se contesta irrespetuosamente a la carta de un... padre.

MAT. Vaya, no seas rencoroso. Olvidas que tampoco al pobre debe hacérsele responsable de sus actos. La traidora enfermedad que padece...

EVAR. Sí; es muy cómoda la neurastenia para hacer impunemente lo que á uno le dé la gana. ¡Ya les daría yo á los neurasténicos!

MAT. ¡Ah! ¿Vas también ahora á dudar de su mal? Pues qué, ¿te hizo ya olvidar tu furor injusto, que cuando le enviamos al campo con los tíos, empezaba Rafael á sufrir trastornos cerebrales que nos alarmaron?

EVAR. Pero eso ya pasó.

MAT. Cuando vuelva á verle me convenceré.

EVAR. ¡Qué exagerada eres en tu cariño!

MAT. Ya sabes que en él cifro mi dicha y mi orgullo... Y que si Dios no me concede la gracia de ser madre, hubiese sido muy desgraciada. ¡Los hijos! ¿Dónde mayor encanto? Ojalá hubiera tenido una docena.

EVAR. No, mujer... ¡una gruesa!

ESCENA III

DICHOS y JUANA, por el foro

JUANA El señor de López y su hija.

EVAR. ¡Caramba! ¡Y Rafael, que no ha llegado!...

MAT. ¡Pues qué le vamos á hacer!

EVAR. (A Juana.) ¡Que pasen! (Vase Juana.)

MAT. Decirles la verdad es lo más conveniente.

ESCENA IV

DICHOS, DON LINO y EMILIA, por el foro

LINO ¡Mi querido don Evaristo!... Señora...

EVAR. (A Emilia.) Usted siempre tan gentil.

MAT. Siéntense ustedes.

LINO Sí, un ratito para descansar. Pero á mí van ustedes á dispensarme un momento, ¿eh? Volveré en seguida.

EVAR. ¿Y eso?

LINO Un asunto urgente. Cuestión de poco tiempo.

MAT. ¡Ah! Vamos...

LINO Emilita se quedará aquí mientras tanto. Es decir, si ustedes me responden de que no han de dejarla á solas con el chico.

EMILIA ¡Pero papá!...

LINO Las cosas claras. Yo soy así, y si alguno se incomoda, hace mal. Yo no ofendo nunca.

MAT. ¡Ya se ve que no!

EVAR. ¡Qué don Lino éste!

LINO Franco, muy franco. Conque ¿y el forastero? ¿Qué tal ha venido?

MAT. ¡Ay, señor mío! No puede usted figurarse cuán angustiados estamos.

LINO Pues, ¿y eso?

EVAR. Que no ha llegado aún.

LINO ¡Canario!

MAT. Y ni noticias tenemos.

LINO Sí que es chocante.

MAT. Yo estoy temiendo que haya podido ocurrirle una desgracia.

LINO Bien podía ser.

EVAR. ¡Hombre!

LINO Diré á ustedes. Anoche hubo un descarrilamiento en la línea del Norte...

MAT. ¡Jesús!

LINO No. Pero no hay que alarmarse. Leí los nombres de las víctimas. No había ningún Rafael.

MAT. ¡Ah!... Respiro...

LINO Vaya un alegrón, ¿eh?

EVAR. ¡Ya, ya!... ¡Chirigotero!

LINO En fin, qué le hemos de hacer; otro día le conoceremos.

MAT. Pero, y usted, Emilita, ¿no dice nada? ¿Parece que está usted triste?

EMILIA Yo, no...

LINO ¡Tú, sí! No seas embustera.

EMILIA ¡Pero papá!...

LINO ¡Qué papá ni qué comino!... Y no hagas que delante de estos señores tenga que olvidar mis buenos principios. (Amenazándola.)

MAT. Vamos, don Lino.

EVAR. Cálmese usted.

LINO Yo no puedo con el engaño. Figúrense ustedes que á la niña le hacía cucamonas un empleadillo á quien no conozco, pero que, según me han asegurado, solo tiene, sin más porvenir, mil pesetas anuales de sueldo. ¿Qué les parece?

EVAR. Pues... muy pocas pesetas.

LINO (A Emilia.) ¿Lo ves?... Igual que yo.

MAT. Verdaderamente, hija mia. Usted merece mucho más. Pero si usted le quiere...

LINO ¡Qué ha de querer! Eso son, *piérdesme* el tiempo. ¡Nada, nada! Su hijo de ustedes será mi yerno.

MAT. Sin embargo, bueno sería, antes que hacerlos desgraciados, sacrificarlo todo...

EVAR. ¡Vaya, vaya! Dejemos esta cuestión. (Levantándose.)

LINO (Levantándose.) Es lo más prudente.

MAT. (Aparte.) Yo me informaré.

EVAR. Y mira, Matilde. Anda y vé con Emilia á enseñarle el jardín. Don Lino y yo tenemos que hablar unos minutos reservadamente.

MAT. Pues hasta luego... Pero no olvides el ir á ver al Gobernador...

EVAR. Descuida, mujer. Antes de media hora, prometo dejar satisfecho tu deseo.

MAT. Vamos, Emilita... Hasta después, don Lino.

LINO Vaya usted con Dios, señora. (Vanse Matilde y Emilia por la segunda derecha.)

ESCENA V

DON EVARISTO y DON LINO

EVAR. Conque vamos á ver, amigo mío, ¿trae usted el documento privado?

LINO Aquí está.

EVAR. Muy bien. (Examinándole.) Por él se compromete á entregarme, como dote de su hija, veinte mil duros de la herencia de su primo de usted.

LINO A cambio de los papeles que él le entregó, donde consta y declara haber tenido dos hijos naturales, á quienes lega su fortuna el día en que parezcan.

EVAR. He aquí, pues, dichos papeles. (Se los da.) Y ahora, para que usted vea que no le mentí, ni fué mi ánimo comerciar con esos documentos, oiga usted cómo resulta, cumplo un deber de conciencia y por medio de una boda lo harmonizo todo lo mejor posible; ó sea, que esos miles de duros pasen á su verdadero dueño, sin despojarle á usted por completo de ellos, puesto que serán bienes matrimoniales.

LINO Confieso á usted que estoy á obscuras. Que el dinero pasa á su dueño y es su hijo quien lo cogerá. Que usted no comercia, y á cambio de esto, me exige la chica con una crecida dote... Mire usted, don Evaristo. Yo soy muy franco y un poco torpe de inteligencia. De modo que si usted no se explica...

EVAR. ¿Creerá usted que le robo?

LINO Diré á usted... ¡Yo soy muy franco!...

EVAR. Pues bien. Escúcheme usted. Pero prométame antes que nunca, por causa ninguna ni á nadie, revelará el secreto que voy á confiarle.

LINO ¡Lo juro! (Se sientan.)

EVAR. (Solemne.) ¡Eran las seis de la tarde del día cuatro de Agosto de mil ochocientos ochen-

ta! Mi esposa, hacía dos horas que había dado á luz un precioso niño.

LINO (Sorprendido.) ¿Y á qué viene todo eso?

EVAR. ¡Un poco de historia retrospectiva! Es indispensable.

LINO Adelante, pues.

EVAR. Y en aquella fecha, cuando usted supondrá que todo era ventura para mí, era en verdad una situación desesperante. Mi pobre Matilde sufría el segundo y violento ataque de eclampsia, mientras que el fruto de bendición que Dios acababa de concedernos, expiraba en mis brazos, apenas recién nacido.

LINO ¡Es horrible!

EVAR. Espantoso, sí, señor... (Enjugándose los ojos.) Perdone usted, amigo mío.

LINO No hay por qué, hombre. (Afligido y enjugándose también los ojos.)

EVAR. Fin del prólogo. Empieza ahora la primera parte de mi secreto. (Pausa.) Hallábase de cuerpo presente aquel angelito, cuando la infeliz madre, en su primer crisis favorable, se le ocurre—era muy natural—conocer á su hijo; darle un beso y un abrazo.

LINO ¡Y qué hizo usted!

EVAR. Volverme loco por el momento. ¡Figúrese! ¿Cómo negarse á tan justo deseo? ¿Cómo decirle, en aquel estado de gravedad, la realidad terrible?

LINO ¡Vaya un caso!

EVAR. Del que vino á salvarme la fortuna casual, enterándome de que la noche antes, una pobre chalequera de oficio, que vivía en la buhardilla de casa, había dado á luz dos robustos hermanos gemelos.

LINO ¡Ah! Ya adivino... Usted entonces...

EVAR. Corro á la buhardilla. Con lágrimas en los ojos, expongo á aquella pobre joven mi caso y termino suplicándola me preste un chico por un momento. La buena mujer accede á mis ruegos. Cojo al vástago como quien coge un premio de la lotería. Desciendo de tres en tres los noventa y ocho esca-

lones que me separaban de mi cuarto, y entro en la alcoba de mi esposa, como un héroe vencedor en cien combates: Toma—la dije—¡Mira qué hermoso es!—Y ella, le abrazaba convulsa contra su pecho, cubría de besos su lacia y rubia cabellera, sus carnosos y brillantes ojillos, su boquita tierna y babosa, por donde al fin se precipitó al exterior una dolorosa queja de protesta, ante aquel estrujamiento de cariño maternal. *¡Ué-ué!* gritaba el tierno infante con retorcimientos nerviosos de todos sus débiles miembros... Lloraba asustado. Su madre, es decir, mi mujer, lloraba de alegría.. Yo también lloraba de angustia y dolor.. ¡Todos llorábamos! (Afligido.)

LINO Eso es. (Afligido también.)

EVAR. Fin de la primera parte.

LINO ¡Venga otra entrega!

EVAR. Al siguiente día y muy de mañana cumplí el triste deber de enterrar á nuestro hijo. Ya supondrá usted con cuánta reserva para con mi esposa se hizo esto. Y de vuelta del cementerio me encontré en casa con el ama que teníamos encargada y al chiquillo agarrado á ella. ¡Segundo conflicto!

LINO ¿Cómo segundo? ¡Décimo á lo menos!

EVAR. Pasó aquel día, luego otro, dos después.

LINO Sí; tres y cuatro y muchos días. (Con impaciencia.)

EVAR. Y me quedé con el muchacho.

LINO Pero, ¿no se lo devolvió usted á su madre?

EVAR. No, señor.

LINO ¡Eso fué una usurpación!

EVAR. Fué una obra de caridad. La pobre chalequera murió á consecuencia y por complicaciones de aquella gestación doble. El otro hijo fué á parar á la inclusa. Su hermano gemelo tuvo mucha mayor fortuna.

LINO Pero, ¿y el padre?

EVAR. Aquí empieza el epílogo. Al padre nadie le vió ni supo dar razón de él. Yo, en vista de todo esto y no atreviéndome además á separar aquel niño de mi mujer, porque quizá

la decepción hubiérale sido funesta, callé y he seguido callando hasta hoy.

LINO De modo que ese hijo que no es su hijo....

EVAR. Es uno de los dos hijos naturales de su primo de usted, de quien andando el tiempo fuí su gran amigo, como usted bien sabe. (Levantándose.) Queda, pues, sentado, que al solicitar á su hija para casarla con Rafael, he armonizado perfectamente el medio de no descubrir yo á estas alturas mi secreto, con el de no privar al muchacho de que disfrute así, la parte que le corresponde del capital de su padre.

LINO ¡No es usted tonto, no!

EVAR. Vamos, don Lino, no sea usted así, que aún le quedan veinte mil duritos del otro.

LINO Sí, es cierto. Pero si no hace el demonio que aparezca por ahí otro como usted con otra historia parecida...

EVAR. (Burlón.) Eso sería peor, porque la solución era más difícil. Usted ya no tiene más hijas.

LINO ¡No se burle usted aún, hombre!... En fin, me he entreténido doble tiempo del que disponía. Si me permite pues...

EVAR. Desde luego. Y saldremos juntos. Ya oyó usted á mi mujer. Tengo que ir á ver al Gobernador.

LINO Pase usted.

EVAR. No: usted primero. (Vanse por el foro.)

ESCENA VI

EMILIA por la segunda derecha

No hay nadie... Por fin consigo estar sola, para pensar con detenimiento sobre mi situación. ¡Es una tiranía este matrimonio repentino que me imponen! Si yo fuese libre, menos mal... Pero, ¿y mi Luis?... Mi pobre Luis, que anoche llegó de Burgos. ¿qué pensará hacer?... Si yo no le hubiera escrito nada... No; eso hubiese sido engañarle. ¡Engañarle á él, pobrecillo, que se se-

paró de mi lado por el afán de labrarse un porvenir! ¡Me quiere tanto! Como que dice que yo he sido el único amor de toda su vida... Por eso yo le adoro con toda mi alma, porque siempre fué muy desdichado... ¡Dios mío! Vos que todo lo podéis, haced que no me casen con otro... Que si es preciso, no parezca ese Rafael... ¡Jesús y qué atrocidad acabo de decir! (Santiguándose.)

ESCENA VII

EMILIA y LUIS, por el foro, asomando cautelosamente. Viste traje negro. Usa barba y bigote rubio, de igual color que el pelo

LUIS — ¡Emilia!

EMILIA — ¡Ah! (Volviéndose, sorprendida.)

LUIS — (Avanzando.) ¿Te has asustado?

EMILIA — Luis, ¿á qué vienes?

LUIS — ¿Y eso me preguntas?

EMILIA — Reflexiona...

LUIS — Que te adoro. Ya te lo decía en mi carta. Vengo á ver á ese hombre que va á robarme mi dicha. Quiero hablarle, decirle que si es caballero no puedo admitir tu sacrificio. Verás cómo así lo comprende y renuncia á secundar los egoistas deseos de vuestros padres. (Juana por el foro con grandes demostraciones de alegría al ver que Luis ha venido, porque cree que es Rafael, y después de examinarle un rato, vase segunda derecha á dar á doña Matilde la noticia.)

EMILIA — Mucho temo que te equivoques.

LUIS — Pues yo no. Porque estoy dispuesto á llegar hasta la sublimidad en mi ruego. A ponerme de rodillas para suplicarle que no sea el verdugo de nuestra felicidad.

EMILIA — ¿Y si así y todo se negara?

LUIS — ¡Entonces!...

EMILIA — ¡Ay!... ¡No pongas esos ojos!

LUIS — ¡Entonces vendrá la violencia, la catástrofe!

EMILIA — ¡Por Dios, Luis!

LUIS — Te robaré si es preciso... Yo he venido para hacer algo.

EMILIA ¡Oh, calla! ¡Me ofende oirte hablar así!

LUIS ¿Que te ofende? ¿Luego ya no me quieres, ingrata?

MAT. (Dentro y llamando.) ¡Rafael! ¡Rafael! (Juana por la segunda derecha, y vase por el foro.)

EMILIA ¡Ah, doña Matilde! (Vase corriendo primera izquierda.)

LUIS Escucha... (Junto á la puerta.) ¡Ingratona! ¡Infiel! ¡In... infiel otra vez!

ESCENA VIII

LUIS y DOÑA MATILDE por la segunda derecha

MAT. ¿Pero dónde estás? (Luis se vuelve.) ¡Rafael! ¡Hijo de mi alma!

LUIS (Sorprendido.) ¡Caracoles!

MAT. (Persiguiéndole.) ¿Pero no me abrazas? ¿No colmas de caricias á esta pobre madre, que te esperaba angustiadísima?

LUIS ¡Ah! ¿Me esperaba usted?

MAT. (Junto á él.) ¿Que si te esperaba? ¡Por Dios, Rafael, domínate! Tu mirada me asusta.. Te sientes mal, ¿verdad?... ¡Maldita neurastenia! (Apasionadamente.) ¡Pobre hijo mío!... ¿qué es lo que te pasa? Dolor en el cerebro, ¿no es esto? Un peso aquí muy grande. (En la frente.) Confusión de ideas... ¡Nada temas! ¡Estoy yo á tu lado! ¡Soy yo! ¡Tu madre! ¡Tu querida madre! (Dese perfecta cuenta la actriz de que está representando un papel de madre amantísima y de la angustia que le causaría el creer que el mal estado del cerebro de su hijo era causa de no ser reconocida por éste.)

LUIS ¡Sí! ¡Ya lo he oído! Mi madre... ¡Madre mía! (Abrazándola cómicamente. Aparte.) ¡Pobre señora! ¡Por qué la dejarán suelta!

MAT. Pero dime, hijo de mi corazón, ¿cómo no has venido antes? Si hace ocho ó diez días que te esperábamos...

LUIS ¡Anda! Hace ocho ó diez días estaba yo tan tranquilo en Burgos.

MAT. ¿Cómo en Burgos? Dirás en Bilbao.

LUIS (Molestado.) ¡No señora, en Burgos!
MAT. Bueno, en Burgos... ¡No te excites!
LUIS (Aparte y mirando á todos lados.) ¿Por dónde andará el loquero?
MAT. ¿Y cómo has dejado á los tíos? Nada me cuentas, hombre.
LUIS ¿Pero de qué tíos quiere usted que hable?...
MAT. Pues de los tuyos.
LUIS De los míos, ¿eh? (Aparte.) ¡Está rematada!
MAT. (Aparte.) ¡Pobre hijo! ¡Si viene peor que se fué!
LUIS (Aparte.) ¡Qué modo de mirarme! ¡Yo estoy en vilo! (Se pasea.)
MAT. ¡Rafael! ¡Rafael!
LUIS ¿Es á mí?
MAT. ¡Naturalmente!
LUIS ¡Ah! Pues no lo sabía.
MAT. ¡Que no lo sabías!
LUIS (Aparte.) Pero ese loquero que no parece...
MAT. Oye, hijo mío...
LUIS ¿Qué quiere usted, *mamá?* (Recalcando la frase.)
MAT. Te veo muy nervioso. Debías tomar algo.
LUIS Eso ya es otra cosa. (Aparte.) Hoy no he almorzado todavía.
MAT. (Toca el timbre.) Verás cómo te tranquilizas.
LUIS (Aparte.) ¡Qué rara es esta mujer!

ESCENA IX

DICHOS y JUANA, por el foro

MAT. (A Juana.) Mi bromuro, Juana.
LUIS (Admirado.) ¿El qué?
MAT. Bromuro. Es muy conveniente para los nervios.
LUIS ¡Yá! Será para usted.
MAT. No; para tí.
LUIS ¿Para mí?
MAT. Es claro.
LUIS A mí, no me dé usted porquerías.
MAT. ¿Porquerías?
LUIS Que no quiero, ¡ea! (Aparte.) Pues vaya un almuerzo.

JUANA Si el señorito prefiere unos bizcochos y una copita de Jerez rancio, que tanto le gustaba...

LUIS ¿Que me gustaba? ¿Y usted qué sabe?

MAT ¿No ha de saberlo, hombre? Si es Juana...

LUIS ¡Ah! sí... Hola, Juana. (La da un abrazo.)

MAT. ¡Muchacho!

LUIS Perdone usted... La alegría de volver á verla... (Aparte.) No es fea esta chica.

JUANA Yo también me alegro mucho, señorito Rafael.

LUIS (Retrocediendo asustado.) ¡Otra loca!

JUANA (A doña Matilde.) Viene muy guapo.

MAT. Pero muy malo, hija.

JUANA ¡Pobrecillo!

LUIS En fin. (A Juana.) Vengan esos bizcochos y ese Jerez. Anda, Juanita; anda pronto.

JUANA ¡Volando! (Vase foro.)

MAT. Yo creo que no debías de tomar Jerez. Quizá no te siente bien.

LUIS. Pues ya lo creo que sí. Verá usted cómo me entona.

MAT. Ese Jerez es muy fuerte, y tú estómago está muy dèbil.

LUIS Sí, algo débil está siempre. En eso, tiene usted razón.

JUANA (Por el foro) ¡Aquí estoy ya! (Trae bandeja con bizcochos, botella de Jerez y copa.)

LUIS ¡Vaya una muchacha lista y resalerosa! (Coge bizcochos.)

JUANA (Bajo y rápido pero muy marcado á Luis.) ¡No seas imprudente!

LUIS ¡Qué! (Con la boca llena de bizcocho.)

MAT ¿Llena? (Disponiéndose á servir á Luis.)

LUIS Mejor será.

MAT. ¡Viciosillo!

LUIS (Después de probar el Jerez.) Está muy bueno. ¡Delicioso! ¿Y usted toma bromuro teniendo esto? (Moja bizcochos en el vino y come.)

MAT. No es lo mismo.

LUIS ¡Qué ha de ser! Lo que ocurre es que en la botica, no se vende el Jerez al precio del bromuro, que lo que es si no...

MAT. Vamos. Veo, con satisfacción, que empieza tu buen humor.

LUIS (*Aparte.*) Pero esta señora no me pierde movimiento.

JUANA (*Aparte á doña Matilde.*) Parece que tiene hambre.

LUIS ¡Venga otra copita!

MAT. Mira no te vaya á hacer daño...

LUIS Vamos, *mamá*, no sea usted *roñosa.*

MAT. Toma, hombre. (*Le sirve otra copita.*)

LUIS (*Aparte.*) Por supuesto, que hoy me dan á mí dos estacazos. (*Bébese el Jerez y coge de la bandeja, guardándoselos, los restantes bizcochos.*) ¡Ea! No quiero más. Muchísimas gracias y que ustedes lo pasen bien. (*Disponiéndose á marchar.*)

MAT. Pero, ¿á dónde vas?

LUIS ¿Yo?... Pues... (*Aparte.*) Huyendo de la paliza que me temo. (*Vase Juana por el foro llevándose el servicio.*)

MAT. Ven aquí, hombre. Luego te irás á descansar. Primero quiero presentarte á tu futura.

LUIS ¿A quién?

MAT. A tu futura. A Emilita López.

LUIS A Emilia... Pero ¡qué está usted diciendo!

MAT. Pues, lo que oyes.

LUIS (*Aparte.*) Yo debo estar soñando.

MAT. Ha venido con su padre, los dos para conocerte.

LUIS ¡Ah! ¿También don Lino está aquí?

MAT. ¿Pero tú sabías que se llama don Lino?

LUIS ¿Yo?... (*Aparte.*) ¡Ay, Dios mío! ¡Se me ha subido el Jerez á la cabeza! (*A doña Matilde.*) Mire usted, señora; yo me marcho ahora mismo.

MAT. ¿Estás loco? Anda y ven á que te presente á Emilia. Verás cómo te gusta.

LUIS (*Aparte.*) ¡Qué paliza me voy á ganar!

MAT. Vaya, vamos en busca de ella.

LUIS ¿De la paliza?

MAT. ¿De qué?

LUIS No, nada. No haga usted caso.

MAT. Te repito que la chica, lo vale. Antes de un mes, podéis estar casados.

LUIS ¡Quiá!

MAT. ¡Cuando yo te lo aseguro!...

LUIS Bueno... Pues vamos á verlo.

MAT. Sígueme, pues...

LUIS ¿A dónde?

MAT. Á asearte un poco; á quitarte el polvo del camino.

LUIS Comprendido. Me quiere usted embellecer, ¿eh?

MAT. Eso es.

LUIS Andando entonces.

MAT. Vamos, hijo mío. (Echándole los brazos.)

LUIS Vamos, mamá. (Lo mismo. Aparte.) ¡El Jerez es el demonio! (Vanse abrazados primera derecha.)

ESCENA X

RAFAEL, por el foro. Tipo idéntico á Luis

Por fin me he decidido á venir. Confieso que tengo miedo. Mis padres son muy buenos; eso sí. Pero he deshecho en un instante todos sus proyectos casándome con la mujer que era mi verdadera ilusión. Y esto, quizá no me lo perdonen... Va á caer la noticia como una bomba... La verdad es que ahora, después de haberme salido con la mía, estoy bastante preocupado. ¿Por dónde andará mi madre? Á ella es á quien quiero primero ver. Las madres son siempre menos severas... Voy á ver si está en su cuarto. (Va al foro y retrocede.) ¡Atiza, mi padre!

ESCENA XI

DICHO y DON EVARISTO, por el foro

EVAR. ¡Pero, muchacho! ¡A mis brazos, hombre! (Le abraza.) ¡Vaya un susto que nos diste! ¿Y en qué tren has venido? ¿Qué te ocurrió?

RAF. Diré á usted.

EVAR. Calla, hombre, calla. Y yo que vengo de

ver al gobernador, quien en seguida me prometió daría las oportunas órdenes para que te buscaran. Espera, pues, un momento. Voy á enviar á Juan con una tarjeta, diciéndole que ya has parecido: que suspenda toda gestión... ¡Cuánto me alegro! Aguarda, que vuelvo á escape. Aguarda, ¿eh? (Vase rápido foro.)

ESCENA XII

RAFAEL, solo

Se alegra, dice... ¿Qué pasará cuando se entere?... ¿Y que le aguarde?... En seguidita le espero yo. No me atrevo á decírselo... Que se encargue de eso mi madre. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XIII

LUIS, por la primera derecha

¡Vaya! Yo me largo... He conseguido escaparme de esa pobre loca y no me detengo más. ¡Pero si yo debo estar en una casa de salud! Aquí no es donde yo he visto á Emilia... ¡Ay, ay, ay! (Echándose mano á la cabeza.) ¡Ese maldito vino me ha trastornado! No me cabe duda... Por eso ni sé lo que oigo ni lo que digo, ni. . Vamos á ver, vamos á ver. Un poco de calma. Probemos cómo marcha mi cerebro. Yo he oído decir que cuando éste no rige bien, la acción no acompaña instantáneamente á la voluntad. Veámoslo. (Acompáñase de la acción.) Cojo esa silla... ¡Eso es! ¡Ahora me siento... ¡Muy bien! Y en seguida me levanto. ¡Perfectamente!

ESCENA ULTIMA

DICHO y DON EVARISTO, por el foro

EVAR. ¡Ea! Aquí estoy ya de vuelta.

LUIS ¿Qué?

EVAR. Siéntate, hombre, siéntate... Tenemos que charlar un rato.

LUIS ¿Nosotros? (Mirándole con estupefacción.)

EVAR. Naturalmente.

LUIS ¿Quién será éste ahora?

EVAR. (Se sienta, mirando á Luis y riendo.) ¡Jé... jé!...

LUIS (Se sienta y lo mismo.) ¡Jé... jé!...

EVAR. (Dándole sobre la pierna un golpecito cariñoso.) ¡Caramba con Rafaelito!

LUIS (Levantándose asustadísimo.) ¡Otro loco! (Echa á correr y detrás don Evaristo por el foro.—Telón muy rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

EMILIA y DON EVARISTO

EVAR. Pero no se aflija usted así.

EMILIA (Sollozando.) No puedo remediarlo, don Evaristo. Comprenda usted que no sé explicarme el por qué me engañó de ese modo.

EVAR. ¿Y á qué viene mortificarse con esa idea? Lo pasado, pasado. El presente debe pues animarla. Comprendo que se halle usted sorprendida, no lo estoy yo menos, de saber que cuando se marchó fuera, ya tenía relaciones con usted.

EMILIA Sí, señor. Y ya hacía mucho tiempo.

EVAR. Pues nada; ni su madre, ni yo, sabíamos una palabra.

EMILIA ¡Es un trapalón!

EVAR. ¡Sí que lo es!

EMILIA ¡Decirme cuando se marchó que iba á Burgos á ocupar un destino! ¡Y haberme hecho creer siempre, que era un pobrecito, un desamparado de la fortuna! ¿A qué venía todo eso?

EVAR. Qué sé yo... Ya dije á usted que padece de

neurastenia. No se puede atar cabos con los que sufren esa enfermedad. Pero yo creo que eso lo hizo por fundar su orgullo en verse querido por usted, así tan desinteresadamente; porque la verdad es, que conseguir chiflar á una muchacha con cuatro mil reales de sueldo, es mucho más difícil que lo de repicar y andar en la procesión.

EMILIA ¡Claro! Usted le defiende, como es natural. Pero, ¿y qué me dice usted de lo de cambiarse el nombre? ¿Qué de decirme que no tenía padres?

EVAR. La neurastenia, la neurastenia lo explica todo.

EMILIA ¿Y de lo que hace un momento hizo de proponerme la fuga?

EVAR. ¡Ah! Eso fué para convencerse de su virtud.

EMILIA ¿Luego dudó de mí?

EVAR. No, no es que dudara...

EMILIA Sí, usted lo ha dicho. Pues bien, yo le contaré cuantas son tres y dos... Porque me ha demostrado ser un falso, un lioso... y usted perdone.

EVAR. Vamos, Emilita. En vez de pensar así, recapacite que peor hubiese sido en este caso, la realidad que el engaño. Porque si llega á ser cierto lo que él la dijo, no sería ahora verdad que la mintió; y de no ser positivo el embuste, no lo fuera tampoco el que usted va á casarse ahora con el hombre á quien ama.

EMILIA (Con alegría.) ¡Ay, pues tiene usted razón!

EVAR. ¡Naturalmente!

EMILIA Pero me las tiene que pagar. He de decirle que ya no le quiero...

EVAR. ¡Procure usted no tirar mucho de la cuerda!

EMILIA Descuide usted. Aflojaré con tiempo.

EVAR. Confío entonces en su táctica y espero pronto poderle dar el dulce nombre de hija.

EMILIA (Ruborosa.) Si usted se empeña...

EVAR. ¡Ruborosilla! (Transición.) ¡Ea! Hasta luego. Voy á ver si despacho unos asuntos para cuando regrese don Lino... ¿Pero y ese chico, dónde se habrá metido? ¡Que no sea us-

ted con él severa!... Y alegre usted esa carita de ángel... ¡Já, já!... ¡Tontina! (Vase segunda izquierda.)

ESCENA II

EMILIA. Luego LUIS

EMILIA ¡Tontina!... Pues no señor. Yo debo estar muy enfadada y regañarle mucho para que me pida perdón. Y si no me pide perdón, no me caso con él... ¡Veremos así quién pierde más!

LUIS (Asoma la cabeza por el foro.) ¡Chist!... ¡Chist!... (Llamando á Emilia. Emilia vuelve la cabeza y al verle hace un gesto despreciativo y vase rápida primera izquierda.) Escucha... ¡Emilita! (Vase detrás de ella.)

ESCENA III

DOÑA MATILDE y DON LINO siguiéndola, por la segunda derecha

MAT. ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Y qué muchacho!... ¿Pero ha visto usted, don Lino?

LINO No me hable usted, señora. (Aparte.) ¡Botarate!

MAT. Yo voy á ver si ha venido su padre. Bueno se va á poner ahora.

LINO Lo que debe hacer es agarrar una estaca y...

MAT. ¡Ay, don Lino! No tanto...

LINO No, ¿eh? Pues si por mí fuera, cama tenía para un mes.

MAT. Considere usted que su cabeza...

LINO ¡El loco por la pena es cuerdo!

MAT. ¡Dios mío, Dios mío, y qué contratiempo!... (Vase segunda izquierda.)

ESCENA IV

DON LINO, luego LUIS

LINO — ¡Bueno! Pues nos hemos lucido. ¡Por vida del demonio! ¡Vamos, hombre! Como su padre no le dé una paliza, voy á ser yo el que va á dársela á ese monigote. (Colocado de espalda á la primera izquierda.)

LUIS — (Sale por la primera izquierda y sin fijarse en don Lino echa á andar hacia el foro.) ¡No me ha hecho caso! Y con todo lo que me está sucediendo yo no sé si estoy soñando ó despierto. En fin, me voy... Ya no resisto más... Me voy, pues, á ver al médico...

LINO — (Deteniéndole.) ¡Eh, joven! Oiga usted.

LUIS — (Aparte.) ¡Zapatilla! Ahora sí que me he caído.

LINO — ¿A dónde va usted?

LUIS — ¿Yo?

LINO — No; seré yo, si á usted le parece.

LUIS — (Aparte.) ¡Este tío me pega!

LINO — ¿Pero está usted tonto?

LUIS — ¿Yo?

LINO — (Remedándole.) ¿Yo?

LUIS — (Aparte.) ¡Malo, malo!

LINO — Comprendo sin embargo su estado. Usted también habrá comprendido mi indignación, contenida delante de doña Matilde.

LUIS — ¡De la loca!

LINO — Usted sí que está loco.

LUIS — Puede ser... Puede ser...

LINO — Sí, señor; completamente loco. ¿Cómo si no explicarse su proceder infame?

LUIS — Pero yo, ¿qué he hecho?

LINO — ¡Si le parece á usted poco! Y conste que no lo siento por mi hija. Si yo consentía en el matrimonio era por... ¡Bueno!... Por razones que á usted no le importan. Mejores que usted los encontrará Emilia á todas horas.

LUIS — (Aparte.) ¡Qué está hablando este hombre!

LINO — Eso no obsta, sin embargo, para decirle á

usted, que si yo fuese su padre, le rompía la crisma de un garrotazo.

LUIS (Aparte.) ¡Mil gracias, Providencia!

LINO ¡Burlarse así de nosotros!... ¿Usted sabe de lo que va á ser causa?

LUIS (Aparte.) Yo debo tener lo menos cuarenta grados de calentura.

LINO Vamos, hombre. Diga usted algo. Conteste usted.

LUIS Pero, ¿qué voy á contestar, si desde hace un par de horas estoy hecho un ovillo?... Y usted ahora viene á remachar el clavo... Mire usted, don Lino... A ver si yo me entiendo con alguien.

LINO Vamos á ver.

LUIS Acaba usted de hablarme de matrimonio, de Emilia, de mi padre... ¿Qué enredo es ese? En primer lugar, yo aquí no soy hijo de nadie.

LINO ¡Ah! Pero, ¿usted está enterado de eso?

LUIS ¿De qué?

LINO De que no son sus padres...

LUIS ¡Toma! Pues no lo he de estar. Usted es quien por lo visto, lo ignoraba.

LINO ¡Quiá, hombre! ¡Si yo ya lo sabía!

LUIS ¿En qué quedamos? ¡Usted lo sabía ó no lo sabía!

LINO Las dos cosas.

LUIS ¿Las dos cosas?

LINO ¡Naturalmente!

LUIS Hombre, ¡váyase usted al cuerno!

LINO ¡Oiga usted, monigote! (Quedan cómicamente colocados. Don Lino amenazador por la expresión de Luis y éste, pidiéndole perdón.)

ESCENA V

DICHOS, DOÑA MATILDE y DON EVARISTO, por la segunda izquierda

MAT. Mira. Ahí están precisamente.

EVAR. Pues ahora verás como es una locura lo que has venido á decirme.

MAT. Tú sí que estás trastornado.

LINO A tiempo llegaron ustedes... (A don Evaristo.) Don Evaristo, aquí le tiene usted.

MAT. ¿Lo ves? Aquí le tienes.

LUIS Justo. Aquí estoy todavía.

EVAR. Vamos á ver, ven aquí. ¿No hemos estado ya nosotros reunidos y charlando?

LUIS ¡Sí, señor!

EVAR. ¿No te dije que iba á presentarte á Emilita?

LUIS ¡Sí, señor!

EVAR. ¿Y no quedamos en que serías muy feliz casándote con ella?

LUIS ¡Sí, señor!

LINO ¡Sinvergüenza!

MAT. ¡Esto es el colmo! Pero hombre, por la santísima Virgen, ¿no acabas casi de confesarme que anteayer te has casado?

LUIS ¡No, señora!

MAT. ¿Conque no? ¿Ha oído usted, don Lino? De modo que no me lo has dicho, ni me has pedido que interceda con tu padre para que te perdone?

LUIS ¡No, señora!

MAT. Entonces, ¿es qué estoy yo loca?

LUIS ¡Sí, señora!

EVAR. ¡Insolente! (Luis retrocede.)

MAT. (En seguida.) ¡Ay!... ¡Ay!... (Don Evaristo vuélvese rápido á atender á su esposa, que cae en sus brazos sollozando.)

LINO (A Luis.) ¡Es usted un granuja! (Acude también á doña Matilde.)

MAT. ¡Mal hijo!... ¡Mal hijo!... (Llorando.)

LUIS ¡Ea! Yo no resisto más. ¡Qué ustedes lo pasen bien! (Rápido vase por el foro.)

EVAR. ¡Oye!... ¡Rafael! ¿Dónde va ese chico?

LINO Qué sé yo.

EVAR. ¡Hombre! (A don Lino.) Haga usted el favor de salir á escape á detenerle y si no le da alcance, dígale al jardinero Juan que eche á correr detrás de él... Que me lo traiga.

LINO Voy, voy... (Sale corriendo foro.)

EVAR. (Gritándole á don Lino.) ¡Aunque sea de una oreja!

ESCENA VI

DOÑA MATILDE y DON EVARISTO

MAT. (Llorosa.) ¡Ay, Evaristo de mi alma!

EVAR. (Poniendo derecha á Matilde.) Por Dios, Matilde. No te aflijas así... Serénate.

MAT. Nuestro Rafael está rematado. Desde que llegó pude comprenderlo. ¿No te pasó á tí lo mismo?

EVAR. Sí, mujer. Tienes razón. Parece otro.

MAT. ¡Qué desgracia tan grande!

EVAR. Paciencia, hija mía, paciencia.

MAT. Mira; quiero que vayas en seguida en busca del médico. Que le expliques todo cuanto hemos apreciado... y que venga á verle sin pérdida de tiempo.

EVAR. ¿Pero olvidas que anteayer estuvo á despedirse de nosotros y que no regresará hasta dentro de quince ó veinte días.

MAT. ¡Ah! Sí; tienes razón... Pero habrá dejado un sustituto, un amigo durante estos días...

EVAR. También es cierto. Pues nada, tranquilízate... Si así es, antes de quince minutos prometo estar de vuelta. Espera mientras tanto en tus habitaciones. ¿Quieres que te acompañe?

MAT. No, anda y ven pronto.

EVAR. (Cariñoso.) Hasta en seguidita, ¿eh? (Vase doña Matilde segunda derecha.) ¡Maldita sea el niño de la chalequera! (Vase por el foro.)

ESCENA VII

EMILIA por la izquierda

Lo he pensado detenidamente. Yo no debo perdonarle. Me ha engañado y se ha burlado de mí. Estoy, pues, decidida... Le devolveré sus cartas, que, necia de mí, había

traído para consolarme con su lectura... ¡Qué tontas somos las mujeres!... ¡Oh! He de verle á mis pies arrodillado, entonando el «yo pequé» y no me conmoverá... Aunque bien mirado, quizá esto sea una exageración. En fin, ¡yo veré lo que debo hacer! (Se sienta en el sofá primer término lado derecha. Escoge una carta y hace que lee.)

ESCENA VIII

DICHA y RAFAEL sale por la segunda derecha y se dirige á la segunda izquierda que se hallará cerrada. Escucha un momento

RAF. Pues señor... Me he cansado de esperar y estoy impacientísimo... ¿Qué resultará de la entrevista?... (Escuchando.) No se oye nada. ¡Es chocante! (Escucha de nuevo.)

EMILIA (Que lee.) ¡Falso!... ¡Falso y refalso!

RAF. (Volviéndose.) ¿Eh?... ¿Una mujer? ¿Quién será? (Avanza despacio. Emilia figura vuelve á leer haciendo gestos de disgusto. Rafael extrañado, llega hasta la línea que ocupa Emilia pero frente á ella en el lado izquierdo. Emilia al verle se levanta rápida. Rafael saludándola cortesmente.) ¡Señorita! (Emilia con gesto de mal humor vuelve á sentarse.) ¿Y qué es esto? (Adelanta hacia Emilia lentamente. Ella, conforme él avanza, va volviéndole la espalda. Rafael la contempla un momento y al ver tal actitud, encógese de hombros y vuelve al sitio que antes ocupaba. Emilia al ver esto, nerviosa, se levanta y se dirige á él.)

EMILIA Tome usted... (Dándole las cartas.)

RAF. Pero...

EMILIA ¡Tome usted, hombre! (Rafael las toma.) Véalas usted... Son sus cartas... ¿Entiende usted ya?

RAF. ¡Mis cartas!... (Admirado.) ¡Atiza!

EMILIA ¡Sí, verdad! ¿Le parecen á usted, muchas, ahora?

RAF. Yo, no...

EMILIA Pues todas son suyas. Véalas usted... ¡véalas!

RAF. Veamos pues... (Mira una carta y figura que lee.)

EMILIA ¡Huy, qué rabia!

RAF. (Aparte.) ¿Pero qué le ocurre á esta muchacha?

EMILIA (Aparte.) Logrará desesperarme.

RAF. (Leyendo.) Tu chachito Luis. (Para sí.) ¡Delicioso! (A Emilia.) Perdone usted, mas no comprendo...

EMILIA ¡Claro! Como que aquí, donde dice Luis, debía decir Rafael.

RAF. (Admirado.) ¿Mi nombre?

EMILIA ¡Ah! Eso es. Su nombre. Tu nombre. (Agitada.) ¡Te cogí por fin! No disimules, no finjas más.

RAF. Yo juro á usted...

EMILIA (Creciente excitación nerviosa hasta el final.) ¡Es inútil! Ahora lo sé todo. ¿Lo oye usted? ¡Todo! De manera, que ya no me sigues engañando, aunque pongas esa cara... Porque es mentira, mentira como todo lo que me hizo usted creer.

RAF. Pero...

EMILIA ¡No me interrumpas ahora! Además, ¿qué iba usted á decirme? ¿Tratar de nuevo de engañarme? Poco talento tuviste, chico; porque usted debió comprender que al venir yo á tu casa, se descubriría el pastel, enterándome, como era natural, de que eres hijo de tus padres... (Rafael pretende hablar.) ¡Sí!... ¡Sí! .. De don Evaristo y doña Matilde: y no como usted fingióse, ¡hipócrita! un pobrecito huérfano y desamparado. ¿Qué fines eran los tuyos? ¡Contesta!... ¡Explícate!

RAF. Señorita...

EMILIA Muy bien. Otra vez señorita. Y eso es todo lo que se le ocurre, en lugar de decirme las frases cariñosas, que sabe usted me agradan. ¡Te estás portando, don Rafael! (Muy marcado.)

RAF. Confieso á usted que estoy atontado.

EMILIA ¿Atontado? ¡Pobrecito! Cualquiera creería que le falta á usted listeza para mentir... ¡Trapalón!... ¡Más que trapalón! Y pensar que hace un momento tuviste aún el cinis-

mo de continuar la farsa y venir á proponerme la fuga... ¿Creíste que yo era una loquilla? ¿Dudaste de mi virtud?... ¡Es usted un malvado!... ¡Un... demonio! ¡Jesús Dios mío, ya no sé ni lo que digo! (Rafael intenta hablar.) ¡Vaya usted á la porra!... ¡Vete á paseo!... ¡Hemos terminado! (Vase rápida primera izquierda.)

ESCENA IX

RAFAEL, solo y asombrado

¿Pero quién es esta taravilla? ¿Cómo está y qué hace en esta casa? Y dice que lo sabe todo... Que estas cartas son mías, porque Luis la engañó, y que yo soy Luis, porque Luis no es Luis, sino Rafael, quien la propuso la fuga, y ella descubrió el pastel... ¡Zambomba! Vaya un lío... ¡Esa chica es una pobre histérica! ¡Oh!... Pero en el fondo de este jeroglífico hay algo... No me cabe duda. Y yo necesito saberlo .. Vamos, pues, en busca de esa infeliz, y si me deja meter baza, tal vez nos entenderemos. (Vase primera izquierda.)

ESCENA X

DON LINO, LUIS y JUAN, por el foro

LUIS — (Dentro.) ¡Esto es un atropello! (Aparece don Lino y dirigiéndose á Juan:)

LINO — Mucho cuidado, Juan. Asegúrale bien. (Entra don Lino en escena. Detrás de él Juan, que trae á la fuerza á Luis.)

JUAN — No se m'escapa, no señor. (Don Lino viene demostrando gran sofocación; con la americana y chaleco desabrochados y la corbata torcida. Lo mismo Juan y Luis en el desarreglo de sus ropas, demuestran la lucha que debieron sostener.)

LUIS ¡Pero esto es un escándalo! ¿Con qué derecho se me trata de este modo?

LINO (Junto á la primera derecha, y á Juan.) Mételo aquí, anda.

LUIS ¡Protesto! Yo soy un ciudadano pacífico. ¡Ustedes son unos secuestradores! (Forcejea, con Juan, hasta que éste consigue meterle en la primera derecha. Don Lino, que estará sujetando la puerta, la cierra y echa la llave. Luis da por dentro porrazos.)

LINO ¡Con la cabeza!

JUAN Demonio de don Rafael, ¡y cómo corría!

LINO Gracias á tí que eres ligero. (Arréglase la ropa.)

JUAN Tampoco es cojo él. Y qué modo de defenderse. (Tocándose un carrillo.) ¡Vaya un par de puñetazos que m'ha soltao!

LINO (Mirándole.) ¡Pues es verdad! Buena te puso la cara.

JUAN Como que si es otro, le salto las muelas. (Tocándose.) ¡Recontra y cómo duele!

LUIS (Dentro.) ¡Asesinos! (Golpes en la puerta dados por Luis. Entran por el foro, don Evaristo, seguido de don Heliodoro, quienes, sorprendidos al oir los golpes, se detienen mirando á la puerta á don Lino y á Juan.)

ESCENA XI

DICHOS, DON EVARISTO y DON HELIODORO

LINO (A don Evaristo.) Le tengo encerrado ahí.

EVAR. (Asustado.) Pero, ¿se ha puesto furioso?

LINO (Señalando el carrillo de Juan.) Mire usted.

EVAR. (Examinándolo.) ¡Qué atrocidad!

HEL. (Idem.) ¡Oh! No es nada... Absolutamente nada.

JUAN ¿Que no es ná?

HEL. Nada de importancia; quise decir... (A don Evaristo.) Conque vamos á ver, amigo mío... Antes de reconocer al enfermo, necesito completar los informes que usted me ha venido suministrando... Porque el estudio de la locura es uno de los más importantes para el médico y el antropólogo, ¿sabe? (Don

Heliodoro es el tipo perfecto del viejo cachazudo. A sus explicaciones científicas no debe dar aire de presuntuosidad; pero sí como médico escrupuloso y convencido de sus teorías, recalcar bien ciertas palabras y estudiar el efecto que producen en sus oyentes.) Antiguamente, hallábase muy limitada la clasificación de este padecimiento; pero hoy en día, en el cuadro de enfermedades mentales, hay muchas especies y variedades nuevas, fundadas unas en la etiología, otras en el análisis más profundo de los síntomas ó en la naturaleza de las lesiones anatómicas, y, por último, la más reciente é interesante, la llamada locura paralítica, ¿sabe?... Meningoperiencefalitis crónica difusa, estudiada en España por mis honorables amigos y maestros, los reputadísimos doctores Vera, Giné, Ezquerdo, etc...

JUAN (Aparte.) ¡Anda! Ese es *mu conocío.* (Porrazos en la puerta dados por Luis. Movimiento de todos. Don Heliodoro les detiene.)

HEL. Calma, un poco de calma. Pues bien; estudiando ahora el caso presente, no se trata aquí, á mi juicio, de una locura impulsiva, puesto que usted me aseguró que no hubo en su familia ningún ascendiente atacado de demencia, ¿no es así?

EVAR. (Titubeando.) Eso es, ninguno.

HEL. Ni en la de la madre.

EVAR. Tam...poco.

HEL. Luego no cabe la herencia, ¿sabe?

LINO Sí, señor. ¡Qué calma usa este hombre! (Don Heliodoro, por encima de sus antiparras, mira á don Lino, molestado por la interrupción.)

HEL. Ahora bien. El muchacho cuando marchó al campo con sus tíos, según usted me ha dicho, fué por prescripción facultativa, ya que padecía de ciertas notables rarezas; extravagancias, que, lejos de desaparecer, vinieron en aumento. Hemos puesto, pues, el dedo en la llaga. Y permítaseme la vulgaridad de la frase, ¿sabe? (A don Lino, con descaro. Don Lino hace un gesto de disgusto.) Se trata, por tanto, segura é indudablemente, de un caso

en que la juventud y virilidad, son terrenos abonados. De un caso de manía simple, exaltada é incoherente; si bien no es fácil que yo pueda de momento clasificarla, ya que esta... (Golpes dados por Luis. Pausa. Cogiendo el hilo.) clasificarla, ya que esta enfermedad puede presentar, por su curso, cuyo estudio precisa, tres tipos: continuo, remitente é intermitente. Y al permitirme *á priori*, dar una opinión siempre aventurada, me fundo, como es natural, en la sintomatología que se me hizo conocer y que corresponde perfectamente al proceso del mal; incluso lo de los puñetazos suministrados al señor. (Por Juan.) Terminado ya este cuasi prólogo, entremos de lleno en el objeto que me trae. ¿Puedo ver al enfermo?

LINO — ¡Pues es claro! (Aparte.) Ya era hora. (Dirígese diligente á abrir la puerta primera derecha, pero le detienen fuertes porrazos que da Luis.) ¡Caracoles! (Retrocede.)

EVAR. — ¿Habrá peligro, doctor?

HEL. — Por si caso, para eso traigo aquí el remedio... (Por el envoltorio que trae bajo del brazo.) Pero no creo que precise. Generalmente, estos desgraciados seres, son dóciles si sobre ellos se sabe ejercer cierta influencia moral... Verán ustedes. (Nuevos golpes. Retrocede y dirigiéndose á Juan.) ¿Quiere usted hacerme el favor de abrir esa puerta?

JUANA — ¿Yo? *Pus* como me dé otro puñetazo se v'acordar de mí. (Abre la puerta y se retira con presteza. Sale Luis, y al ver la actitud de todos, quédase parado.)

ESCENA XII

DICHOS y LUIS

LUIS — (Aparte.) ¡Vaya un recibimiento! (A ellos.) ¡Buenos días, señores!

HEL. — Acérquese, joven, acérquese.

LUIS (Aparte.) ¿Quién será este Matusalen? (Don Heliodoro adelanta para tomarle el pulso. Luis, desconfiado, retrocede instintivamente.)

HEL. Nada tema. No pretendemos nadie hacerle daño.

LUIS En eso confío.

HEL. Tiene usted pues, la bondad... (Tomando á Luis el pulso.) Algo irregular es el pulso. Sí... (Contando despacio las pulsaciones.) 17... 18... (Deprisa.) 19, 20, 21, (Despacio.) 22... 23...

LINO (A don Evaristo.) ¿Y usted tiene confianza en este señor?

EVAR. ¡Es un sabio! (Don Lino hace un gesto de duda.)

HEL. (Reconociendo á Luis la cabeza.) No veo en el cráneo vicio alguno de conformación que pueda ser causa directa... La cabellera es abundante. (Dándole un tirón del pelo.)

LUIS (Quejándose.) ¡Ay!

HEL. Está fuerte. No hay caída del pelo.

LUIS Pero, ¡oiga usted!

HEL. (Haciéndole señas de que calle.) ¿Ha padecido usted cefalalgias? ¿Neuralgias dorsales?

LUIS ¡Quieren ustedes irse á freir espárragos! ¿O es que hoy está todo el mundo de acuerdo, para que pierda el juicio?

EVAR. ¡Rafael!

LUIS ¡Qué Rafael, ni qué ocho cuartos! Si ustedes están locos, no es ello una razón para que yo lo esté también. De modo, que hagan el favor de dejarme salir.

EVAR. Pero, ¿dónde quieres irte?

LUIS (Excitado cada vez más.) ¡Al infierno!

HEL. (Aparte.) Malo... malo...

LUIS Fuera ya de esta casa, cuanto antes, porque aquí me falta aire, me dan ganas de pegar, romper, atropellar por todo, antes que consentir se prolongue mi martirio.

HEL. (Aparte.) ¡Muy malo!.. ¡muy malo!

LUIS Conque ya lo oyeron ustedes. ¡Paso!

EVAR. Doctor, suplíquele usted.

HEL. Súplicas á cerebros no equilibrados... Error grandísimo, amigo mío. (Desenvolviendo con calma el envoltorio.)

LUIS (Disputando con Juan y don Lino.) ¡He dicho que

paso! (Don Evaristo se reune á don Lino y Juan, pretendiendo convencer á Luis.)

LINO Comprenda usted..

EVAR. Reflexiona...

LUIS Que me voy, ¡ea! ¡Déjenme ustedes! (Lucha.)

HEL. (Deshecho el paquete y enseñando una camisa de fuerza.) Llegó la hora de mi remedio. No hay otro para estos casos. (Se acerca á los cuatro y y ayudado por todos, coloca á Luis la camisa de fuerza)

LUIS ¡Socorro!... ¡Favor! (Sujetado por la camisa de fuerza y como si fuese un fardo, echan á Luis sobre una butaca.) ¡Esto es un crimen! ¡Son ustedes unos bribones!

EVAR. Cálmate, Rafael.

LUIS Vaya usted á paseo. Yo no soy Rafael. ¡Que no soy Rafael!

HEL. Dejarle tranquilo. Cuanto más se le hable ahora, mayor será su excitación.

LUIS ¡Salvajes!... ¡Zulús!

EVAR. (A Heliodoro.) ¡Qué desgracia tan terrible!

HEL. En efecto. Y en vista de lo que he apreciado, soy de opinión que consulten ustedes con un frenópata eminente, porque la verdad sea dicha, yo no me creo apto para encargarme del enfermo. En estos casos, estoy á la altura del coro de doctores de *El rey que rabió.*

LINO ¡Hombre! Vaya una salida.

HEL. Dictada por la conciencia. Y vea usted; si todos mis queridos compañeros fueran lo franco que soy yo, no sería extraño que decreciera bastante la mortalidad, ¿sabe? (Volviendo la vista á Luis que, cansado por la lucha, cierra un momento los ojos.) Vaya, parece que ya pasó el acceso... (Llamándole.) ¡Joven!... ¡Joven!

LUIS (Abriendo los ojos.) ¡Viejo chocho!

HEL. (Riendo.) ¡Jé, jé! Ya rige su cerebro... ¡Juan! Anda, acompáñame al cuarto de la señora. La saludaré antes de marcharme. (Vase Juan delante por la segunda derecha, siguiéndole don Heliodoro.)

LINO (Viendo cómo don Evaristo apesadumbrado está contemplando á Luis.) Y yo me largo también,

salga el sol por Antequera y póngase por donde quiera. ¡En seguidita me vuelve á coger en su casa, quien pretenda casarme á la chica! (Vase primera izquierda.)

ESCENA XIII

DON EVARISTO y LUIS. En seguida RAFAEL

LUIS — Pero por lo que usted más quiera en este mundo, hágame el favor de librarme de este suplicio.
EVAR. — ¿Te has tranquilizado ya?
LUIS — No sea usted tonto y desáteme usted.
EVAR. — ¡Pobre chico! (Mientras le quita la camisa de fuerza sale Rafael por la primera izquierda con las cartas.)
R F. — Pues, señor. Imposible entenderme con esa muchacha... (Viendo á Luis.) ¡Pero qué veo!
EVAR. — ¡Caracoles!
LUIS — ¡Otro yo!
RAF. — ¡Padre mío! (Va á abrazarle.)
EVAR. — (Deteniéndole.) ¡Eh! ¿Quién es usted?
RAF. — ¿Es posible? ¿No me conoces?
EVAR. — ¡Dos Rafaeles!
LUIS — No, señor; uno solo. Ese será.
EVAR. — ¿Usted? ¿Tú?
RAF. — Naturalmente.
EVAR. — (A Luis.) Entonces, ¿quién es usted?
LUIS — Pues si estoy harto de decirlo. Luis.
RAF. — ¿Luis? Tome usted, hombre. (Le da las cartas.)
LUIS — ¡Mis cartas!
RAF. — Su novia me las dió.
LUIS — ¡Emilia!
EVAR. — ¡Ah! ¿Pero es usted el novio de Emilia?
LUIS — ¡Es claro!
EVAR. — ¿Pero no es usted mi hijo?
RAF. — Papá, ¿no quedamos en que soy yo?
EVAR. — Vamos, esto es para volverse loco. (A Luis.) Entonces, ¿cómo está usted en esta casa?
LUIS — Porque vine en seguimiento de Emilia y á evitar á todo trance que la casaran con... mi espejo. (Señala á Rafael.)

RAF. Y confundida la chica, por nuestro incomprensible parecido, me ha recriminado duramente porque la engañé.

LUIS ¿Usted la engañó?

RAF. No, hombre. Me dijo que la engañé, en el supuesto de que yo era usted.

LUIS ¡Ah!... ¡Ya!

RAF Dándome esas cartas enfadadísima, pues no me perdonaba el que—entre otras muchas cosas—me hubiese fingido un desdichado sin padres ni familia.

LUIS Ese soy yo, sí, señor.

EVAR. ¡Ah! Ya está aquí el parecido... (A Luis, aparte.) Oiga usted, joven. (Le coge de la mano y adelanta al proscenio.)

ESCENA XIV

DICHOS, DOÑA MATILDE y DON HELIODORO, por la segunda derecha

MAT. Quiero verle. ¿Dónde está? (Abrazándose á Rafael) ¡Hijo mío!

HEL. ¿Ve usted como el acceso no era grave? (Quedan figurando hablar en voz baja.)

EVAR. (A Luis.) ¿Quiere usted ganarse quinientas pesetas?

LUIS ¿Cuántas?

EVAR. Quinientas.

LUIS Medio año de sueldo. Vengan.

EVAR. (Le da un billete.) Tome usted.

LUIS (Examinando con desconfianza el billete.) ¿Pero es bueno?

EVAR. Calle usted y escúrrase como pueda.

MAT. (A Rafael.) ¡Qué alegría tan inmensa! Vamos entonces á suplicar á tu padre que te perdone tu verdadera locura. Ese repentino casamiento. ¡Evaristo! (Vuélvese éste procurando ocultar á Luis haciéndole señas de que se marche. Doña Matilde ve á Luis y da un grito.) ¡Ah!

LUIS (Aparte.) ¡La loca otra vez!

MAT. Pero, ¿qué es esto? (Mirando á los dos.)

HEL. (Examinándolos.) ¡Notable! ¡Notable!
EVAR. Hija mía.. Esto es... lo que nos ha tenido locos...

ESCENA XV

DICHOS, DON LINO y EMILIA, en disposición de marchar; entran por la primera izquierda

LINO Señores... Venimos á... (Fijándose.) ¡Zambomba!
LUIS (Aparte.) ¡Estamos dando golpe!
EMILIA (Aparte y con alegría.) ¡Ya tengo dos novios!
MAT. Vamos, Evaristo. ¿Puedes explicarme esto?
EVAR. Pues sí... Verás ..
MAT. ¡Ay, esposo mío! Esa turbación te vende y me demuestra lo difícil de tu actual situación. ¡Tú me has sido infiel, Evaristo!
EVAR. (Aparte.) ¡Arza, salero!
MAT. Si no hay más que verle. Idéntico á nuestro hijo. Los dos tu retrato.
EVAR. (Con gran asombro.) ¡Oh!
MAT. (Acercándose á Luis.) ¿Cómo se llama usted?
LUIS Luis; Luis he dicho ya un millón de veces.
MAT. ¿Pero Luis... qué?
LUIS Luis... (Algo avergonzado.) Expósito.
MAT. ¡Qué escándalo! (A don Evaristo.) ¿Y has podido vivir tranquilo, teniendo así á un hijo abandonado? Luis, abrace usted á su padre.
LUIS ¿De veras? ¡Padre mío! (Le abraza.)
EVAR. Basta, hombre, basta.
MAT. Señores: ustedes son testigos de que perdono á mi marido, quien ahora se apresurará á remediar su falta, reconociendo los derechos de este joven.
EVAR. (Aparte.) ¿Pero voy á tener que cargar también con éste?
LINO (Aparte á don Evaristo.) Amigo mío, este es el otro gemelo.
EVAR. ¡Ya! ¡Ya!
LINO Pues yo no suelto los otros veinte mil duros aunque me maten.
RAF. Ahora lo que yo opino es que, siendo Luis

el novio de Emilia, no he desbaratado al fin los planes que ustedes tenían, ¿no es cierto?

MAT. Si don Lino consiente...

LINO Bueno. Como ustedes quieran. (Aparte.) Uno ú otro, ¡qué más da!

LUIS ¡Olé! ¡Viva mi suerte!

EMILIA (Palmoteando.) ¡Y la mía!

LINO (Severo á Emilia.) ¡Niña!

MAT. Dios sea por fin loado que nos permite cumlir á todos como buenos y nos colma de felicidad. ¡Qué dicha la mía! ¡Ya tengo dos hijos! (Colocada entre ambos.)

EVAR. (Aparte.) Sí; tú con tal de ir sumando...

MAT. Dos, á quienes no sabré á cuál querer más. Si son iguales.

EVAR. (Con burla.) ¡Claro! Como que son *mi fotografía*. (Muy recalcado.)

MAT. Así es. ¿No es verdad, don Heliodoro?

HEL. Yo, señora, estoy admirado del exacto parecido de estos muchachos. Y el caso es de lo más notable; porque yo me lo explicaría si se tratase de una gestación doble, pero...

EVAR. (A don Heliodoro.) ¡Cállese usted, charlatán!

HEL. He terminado.

LINO (Aparte.) ¡Vaya si tiene talento este hombre!

MAT. ¡Pero qué reguapos son! Estoy más contenta... ¿Y tú?

EVAR.
¡Mucho! ¡Pues ya lo creo!...
¡Si son muy monos!...
¡Qué vejez tan dichosa
la de nosotros!...
¡Omnipotente
Señor!... ¡Hazme el obsequio
de que revienten!

TELON

Los ejemplares de esta obra se hallar de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: 1,50 pesetas